

FRIGOLÉ, Joan *Un hombre. Género, clase y cultura en el relato de un trabajador*
Barcelona: Muchnik Editores, 1997, 419 pp.

Adelina García Muñoz

Universidad de Barcelona

El libro de Joan Frigolé, *Un hombre*, cuenta una historia de los primeros 60 años de este siglo, elaborada a partir del relato de uno de sus protagonistas, Juan de P., campesino sin tierra de la Vega alta del Segura (Murcia). Jornalero agrícola, aparcerero, espartero, tabernero, antes de la guerra; peón en la construcción de infraestructuras públicas mientras estaba en la cárcel en la postguerra y aparcerero, trabajador en el cine de su pueblo y, en sus últimos años activos, propietario agrícola. En fin, uno de los tantos trabajadores del mundo rural que diversificaban su actividad y multiplicaban las horas de trabajo, cuando podían hacerlo, con un único objetivo: dar de comer a sus hijos. Es un relato del hambre, de las fatigas, de las humillaciones de tantos trabajadores agrícolas (y no agrícolas); pero también de su fuerza, de sus decisiones, sus acciones, su sistema de valores... que se prolonga hasta entrados los años 60, aunque, ahora, al leerlas o al escucharlas, nos parezcan historias de tiempos o latitudes remotos.

Las pretensiones del autor no se limitan a contarnos la vida de un hombre, aunque no habría podido alcanzar sus objetivos con la misma profundidad y densidad sin el contexto proporcionado por esta historia, elaborada a partir de una serie de conversaciones mantenidas con Juan de P. durante el verano del 73, y por la etnografía obtenida de un trabajo de campo antropológico desarrollado en diferentes períodos de los años 70. El fin último de este trabajo está relacionado con algunos de los temas claves de la antropología del género y del parentesco por los que Joan Frigolé lleva años interesándose y de los que, con una constancia digna de destacar en la Antropología actual, ha ido creando una obra significativa, entre cuyos trabajos cabe mencionar: *"Llevarse a la novia": Matrimonios consuetudinarios en Murcia y Andalucía*

(1986) y *Un etnólogo en el teatro. Ensayo antropológico sobre Federico García Lorca* (1995), por hablar sólo de los aparecidos en forma de libro.

En *Un hombre...* se exponen y analizan los elementos constitutivos de las definiciones y de las identidades de género y de persona y los valores culturales que las cimentan, de un grupo social, el de los trabajadores agrícolas de la provincia de Murcia, que podrían ser ampliados, sin demasiadas dificultades, a otros trabajadores agrícolas de otros lugares de España durante el mismo período de tiempo. Las identidades de género y de persona de dichos trabajadores no podrían entenderse sin considerar la dimensión de clase: las relaciones de dominación y dependencia en las que vivían, que es el sustrato social sobre el que se construye la personalidad de Juan.

El libro de Frigolé es una obra densa. A pesar de la facilidad con que se lee, está cargado de sugerencias para quienes nos interesamos por el mundo de los trabajadores agrícolas de la España de la primera mitad de este siglo, por la Guerra Civil y la postguerra y por el mundo del trabajo en general. Cualquiera de los aspectos de la historia de Juan que analiza Frigolé, o los que simplemente quedan apuntados, podría derivar hasta hacer imposible una reseña que diera cuenta del libro en su totalidad. Lo mismo puede decirse de los aspectos relacionados con la construcción de género y su identidad como hombre. Con ello se descuidan elementos del trabajo que podrían resultar de mayor interés para otros lectores, pero es necesario tomar una decisión y limitarse.

Mediante la selección de múltiples enfrentamientos con todo tipo de personas, de la confrontación de sus ideas con las que se expresan en el comportamiento de los otros, y a través de las maneras de afrontar las situaciones ordinarias y extraordinarias de la vida, se nos muestra cómo Juan de P. se va construyendo y consolidando como hombre consciente de su posición en la estructura social y de sus derechos y deberes como trabajador, como padre y como ser humano.

Los títulos de los ocho capítulos que estructuran la obra anticipan, con las palabras de Juan de P. el sentido del proceso de constitución de su identidad (sus identidades?) así como los valores que le orientan: "En cueros y con los ojicos cerrados.", "Eres un hombre.", "Y me casé con ella y bien casado.",

“Es para toda la clase trabajadora por lo que luchábamos y contra el capital.”, “Yo no soy más que mis compañeros.”, “Compañeros, ya os he dado otro poco de ejemplo.”, “Me he pasado mis penas y todo, y me he mantenido en mi sitio.”, “El hombre tiene que tener un concepto que nunca se lo puedan revocar por ninguna parte...”

“...Ser hombre implica para él no sólo ser honrado sino también tener conciencia de la explotación, sentido de la justicia social y, por lo tanto, una conciencia política que canaliza a través del socialismo. Para él las tres cosas están estrechamente unidas. No se trata de una reflexión abstracta sobre ética y política sino de una respuesta moral y política a los peligros que acechan la supervivencia física, social y moral de él y de los suyos.” (14-15)

Constantemente, con independencia de la situación política en la que viva, Juan se sitúa en una posición de defensa de sus intereses: el pan de sus hijos, y de lo que cree que es justo: tener la posibilidad de trabajar dignamente para darles de comer. La defensa de su trabajo y del pan de sus hijos no sólo responde a sus preocupaciones como padre, sino que expresan también un interés de clase: en la medida en que Juan defiende su derecho al trabajo para evitar que sus hijos pasen hambre, está abogando por los intereses generales del grupo al que pertenece. Frigolé recoge ejemplos significativos de otros trabajadores que muestran esa conexión entre lo individual (lo familiar) y lo colectivo: “Cada uno tiene que mirar por sus hijos, que sus hijos coman y cuando pasen hambre, allí nos encontraremos.” (360)

El relato de Juan está cuajado de ejemplos de su lucha por los intereses colectivos durante los años 30, la guerra, los años de cárcel y la postguerra, en los que se enfrenta a propietarios para los que trabajaba, tenderos, oficiales del ejército republicano, en el que fue comisario, e incluso con personas del propio grupo social. Su disposición constante a la defensa de sus ideas y de lo que considera justo, no significa que sea un hombre temerario, aunque en ocasiones lo parece si tenemos en cuenta las circunstancias históricas en las que tenían lugar sus intervenciones. A menudo tiene que aceptar situaciones

que rechaza pero con las que se ve obligado a transigir debido a la posición que ocupa en el sistema de dominación en el que está inmerso: “Y defendía, defendía lo mío y mis derechos, y yo aquello lo tenía denegado donde fuera.” (121-122)

La historia de Juan de P. puede ser considerada como representativa de la clase social a la que pertenece, aunque no todos los trabajadores actuaban del mismo modo que él. Su comportamiento es único en su entorno, o eso es lo que puede desprenderse del relato del protagonista; sin embargo, en la medida en que es ejemplar y en muchas ocasiones hay en él una voluntad ejemplarizante que puede encontrarse en muchos otros trabajadores, agrícolas o industriales, que crecieron y se hicieron *hombres* en la España de las primeras décadas del siglo que ahora termina, puede considerarse que expresa los valores propios de su clase social en un momento histórico determinado. Pero, como afirma Frigolé, no es su ideología política la que explica sus comportamientos, no es su pertenencia al Partido Socialista la que está en la base de sus acciones y de su manera de pensar, o no es sólo eso. Los valores que guían su conducta como “hombre” pueden verse reforzados por su ideología, pero son anteriores a ella y, en cualquier caso: “Su concepción de hombre refuerza sus razones y su postura de clase y a veces parece que el lenguaje de clase adopta el mismo lenguaje de la concepción de hombre.” (417)

Desde mi punto de vista, la dificultad, cuando no la imposibilidad, de separar lo que es propio de una ideología de clase, de lo que podríamos considerar valores culturales de un grupo social concreto, la distinción entre la “clase en sí” y la “clase para sí” y el tratamiento habitual de los trabajadores como factor de producción, como trabajo, o de los campesinos como “patatas en un saco de patatas”, han sido en gran medida responsables del escaso conocimiento que tenemos de sus motivaciones de sus razonamiento, de sus sentimientos, de la génesis de sus formas de actuar... todo lo cual hace más valioso el trabajo de Frigolé y convierten conclusiones como la siguiente:

“...Ser hombre es el resultado de un proceso de transformación y depende, por tanto, de la acción, una acción informada y sustentada por determinado concepto

cultural. El protagonista se forma a sí mismo como hombre a lo largo del proceso de lucha por cambiar la sociedad, es decir, de construir una nueva sociedad. La transformación de la sociedad y de su personalidad son dos caras del mismo proceso” (408),

en una invitación a continuar su indagación en otros sectores económicos, y en ideologías diferentes a las de Juan de P., y a la comparación entre ellos. Así mismo creo que ello permitiría ganar perspectiva con la consideración de la historia de los movimientos campesinos del sur de España. Sin duda, en los valores culturales de Juan de P. y en la construcción de su identidad de clase y de hombre, podría detectarse la influencia de dichos movimientos, pues me parece que esa búsqueda de Juan de la justicia, de la igualdad y el valor que atribuye al cumplimiento del deber, están también presentes en las luchas del proletariado andaluz y del internacionalismo que se instala en nuestro país en el siglo XIX.

Otro de los aspectos de este trabajo que me gustaría destacar es la importancia que en la definición de género tiene la noción de paternidad, hasta el punto de que ser padre y ser hombre son nociones inseparables. Es la relación y la actitud hacia los hijos, el cumplimiento de sus deberes de padre lo que constituyen a un hombre. Un padre que ve pasar hambre a los hijos y no actúa, incluso robando, no es un hombre, es un “cabrón”. Lo que contrasta, desde mi punto de vista, con los pocos trabajos sobre género que se ocupan de la masculinidad en los que el ser hombre está íntimamente ligado a la relación con las mujeres. A menudo en esos estudios, un hombre lo es por su actitud sexualmente agresiva hacia el otro género. El hombre debe de estar siempre sexualmente dispuesto. No es el momento de hacer una comparación entre unas y otras concepciones de hombre, pero, así como los hombres que nos muestran autores como S. Brandes (1991) o incluso Pitt-Rivers (1989), dependen, para ser considerados tales, del control de la sexualidad de sus mujeres, el hombre de Juan de P., para serlo, debe controlar la propia sexualidad, porque un hombre lo es cuando tiene una familia, hijos, cuando es padre, y un padre tiene que mirar por sus hijos en primer lugar. Es más, creo

que queda apuntado a lo largo de toda la historia, que es un hombre responsable en sus relaciones con las mujeres. Por ejemplo, renuncia a tener relaciones con una al salir de la cárcel, a pesar de que llevaba siete años sin contactos sexuales y de que ella le “puso la mesa” (348). Ninguno de los hombres de *Monteros* de los que nos habla S. Brandes (1991), por poner un caso, podría haberse comportado así, o no habría podido reconocerlo ante otros hombres, a riesgo de ver disminuido su prestigio como tal. Esta renuncia no sólo está fundamentada, me parece, en sus obligaciones de padre, o en las de esposo, a las que no alude, sino que, creo, podría relacionarse también con alguna clase de responsabilidad u obligación hacia la mujer que se le estaba ofreciendo, una viuda joven. Él debía regresar a su pueblo junto a su familia, de modo que aunque las mantuvo, a ella y a su madre, con la idea de que era soltero, quizás no quiso perjudicarla teniendo en cuenta la situación de las mujeres de la época. En nada hubiera disminuido su responsabilidad como padre ni hubiera dañado a sus hijos el que Juan mantuviese relaciones sexuales con esa mujer, podría haber regresado junto a sus hijos igualmente. Sin embargo, a pesar de las necesidades que podemos suponer, Juan no acepta el ofrecimiento de la mujer. Un hombre tiene también sus obligaciones y responsabilidades respecto a las mujeres, no es el depredador que parecen mostrarnos algunas etnografías cuando tratan sobre ello. Juan de P., no obstante, no habla de estas obligaciones en las páginas del libro. Pero sus comentarios sobre la situación de dependencia, de las mujeres y sus sentimientos de “compasión” hacia ellas son muy significativos, particularmente si tenemos en cuenta su edad, nació en 1901, y el momento de sus comentarios, 1973. En definitiva, su condición de hombre no pasa por estar sexualmente disponible, y al acecho, como podría pensarse de los hombres que nos presentan otros autores, sino por supeditar su sexualidad a sus obligaciones sociales, por controlarla. Habría sido interesante que el autor hubiera aprovechado el contraste entre el hombre del que nos habla y los hombres de los que tratan otros autores.

Leído como una biografía, este trabajo es accesible para cualquier persona interesada en esa época, puesto que las precisiones, bibliografía, notas, análisis e interpretaciones, necesarias en un trabajo académico, aunque no faltan,

no interfieren una lectura no especializada. Sin embargo, es particularmente recomendable para quienes deseen aproximarse al manejo de las fuentes orales, ya que tanto en la “Presentación” como en el capítulo de “Conclusiones” el autor explicita con claridad el proceso de elaboración de esta historia. A pesar de que para quien esté acostumbrado a trabajar con este tipo de fuentes, la presencia del autor es una constante, sin embargo, sólo por las notas a pie de página notamos su presencia. Frigolé deja que Juan de P. se exprese con sus propias palabras lo que permite que, además de conocer su historia, podamos acercarnos al personaje, a quien casi podemos oír hablar: su fortaleza, su irritación, su ironía, sus muletillas; que veamos, incluso, a su “amigo interno” con quien conversa en muchos de los momentos críticos de su vida. Esta obra es también de interés para quienes deseen conocer, o profundizar, en la Antropología del mundo rural o del campesinado de la Península Ibérica, y, por supuesto, para quienes trabajen en temas de género, masculinidad, y de parentesco, la paternidad. El relato de Juan de P., permite cumplir otro de los grandes objetivos del autor: “Ampliar una experiencia particular hasta alcanzar las dimensiones de una experiencia más general que, por esta misma razón, resulta accesible —como experiencia— a hombres de otro país o de otro tiempo.” Como dice el Frigolé con palabras de Lévi-Strauss (1968: 17-18).

OBRAS CITADAS

- BRANDES, S. (1991) *Metáforas de masculinidad. Sexo y estatus en el folklore andaluz*, Madrid: Taurus.
- FRIGOLÉ, J. (1986) “Llevarse a la novia”: *Matrimonios consuetudinarios en Murcia y Andalucía*, Bellaterra: Universidad Autónoma de Barcelona.
- (1995) *Un etnólogo en el teatro. Ensayo antropológico sobre Federico García Lorca*, Barcelona: Muchnik Editores.
- LÉVI-STRAUSS, C. (1968) *Antropología estructural*, Buenos Aires: Eudeba.
- PITT-RIVERS, J. (1989) *Un pueblo de la sierra: Grazalema*, Madrid: Alianza Universidad.